

William P. Farley

C R I A N Z A

por el

P O D E R

del

E V A N G E L I O

*Cómo el evangelio define y
transforma la crianza de los hijos*



P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

CONTENIDO

Reconocimientos	7
Introducción	9
1. Submarinos intelectuales	13
2. Crianza por el poder del evangelio	35
3. El temor del evangelio	49
4. Un Padre santo	65
5. Un Padre lleno de gracia	81
6. El primer principio de la crianza	99
7. Padres anclados en el evangelio	117
8. Los fundamentos de la disciplina	137
9. La disciplina que predica	153
10. Alimento para el hambriento	165
11. El amor del evangelio	185
12. Sublime gracia	205

RECONOCIMIENTOS

Para comenzar, quiero agradecer a mis padres. Gracias a la bondad providencial de Dios, crecí en un hogar estable y amoroso. Mis padres perseveraron con fidelidad en la aplicación de sus votos matrimoniales. Recién celebramos con ellos sesenta años de casados. Por su ejemplo de dedicación, amor y compromiso, yo estaré en deuda con ellos por siempre. Mis padres me disciplinaron, esperaron grandes cosas de mí y siempre me amaron sin condiciones. Gracias, papá y mamá.

Segundo, quiero agradecer a mi amada esposa y mejor amiga. Como mencionaré en varias ocasiones a lo largo de este libro, la crianza es un deporte de equipo. Judy es la compañera que más valoro. Ella siempre me ha apoyado delante de nuestros hijos, incluso cuando yo no lo merecía, lo cual sucedió a menudo. Siempre ha servido a su marido y a sus hijos con generosidad. La considero una esposa y madre modelo. En cuanto a elogios, no puedo superar las palabras de Proverbios:

Engañosa es la gracia y vana la belleza,
Pero la mujer que teme al SEÑOR, esa será alabada.
Denle el fruto de sus manos,
Y que sus obras la alaben en las puertas de la ciudad (Pr 31:30-31).

En las páginas siguientes, leerás mucho sobre el temor a Dios. Judy es un ejemplo viviente de eso. Por esto, nuestros hijos, nuestros nietos y yo le estaremos siempre agradecidos.

Además, ella se pasó horas leyéndome en voz alta este manuscrito haciéndome críticas invaluable. Este libro es el testimonio conjunto de nuestra aventura en la crianza. Sus huellas dactilares se hallan en cada párrafo.

Tercero, quiero agradecer a mi hijo David, quien también leyó este manuscrito y me brindó críticas constructivas. Él es graduado del Covenant Theological Seminary (Seminario Teológico del Pacto) y ahora sirve como mi asistente. Leerás muchas historias sobre él a lo largo de las páginas por venir. Te sorprenderá y animará el poder ver el hombre en el que se ha convertido. Servimos a un gran Dios. David, gracias por tu ánimo.

Igualmente, muchas gracias a Dave York, pastor de Covenant Life Fellowship (Comunidad Vida Pactual) en Roseburg, Oregón, por su lectura fiel y su valiosa retroalimentación.

Muchas gracias a Marvin Padgett, editor de P&R Publishing, por asumir el riesgo de aceptar este manuscrito. Que resulte en grandes beneficios para su organización, para la gloria de Dios.

Gracias a mis hermanos y hermanas de Grace Christian Fellowship (Comunidad Cristiana de la Gracia) en Spokane, Washington. Ellos me han animado a escribir, y soportaron los momentos en los que no estuve disponible por las exigencias del proyecto.

Por último, y de mayor importancia, me gustaría agradecer al Dios viviente. «Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas» (Ro 11:36). Esto significa que todo lo que tenemos y somos proviene *de* Dios. Todo bien en nuestra vida es el resultado de la obra del Espíritu de Cristo *a través de* nosotros. Y, a fin de cuentas, nuestra vida regresará *a* Dios para Su alabanza, honra y gloria suprema.

Este libro es el fruto de la obra de la gracia de Dios en y *a través de* este indigno pecador. «A Él sea la gloria para siempre» (Ro 11:36).

INTRODUCCIÓN

George Barna menciona que se han publicado aproximadamente setenta y cinco mil libros sobre la crianza en los últimos diez años.¹ ¿Por qué escribir uno nuevo entonces? La respuesta es sencilla: porque la crianza cristiana está en crisis. Las estadísticas del capítulo 1 dejarán esto en claro.

Este no es un asunto trivial. La crianza es crucial. Su éxito o fracaso pueden calificar o descalificar a un varón para el liderazgo espiritual (1 Ti 3:1-13). Además, los efectos secundarios de los éxitos y fracasos de padres actuales determinarán la apariencia y el talante de la iglesia durante generaciones venideras.

Muchos no creen que la Biblia sea suficiente para equipar a los padres. La mayoría de los libros cristianos sobre la crianza toman mucho prestado del mundo terapéutico y luego sazonan el resultado con unos cuantos versículos bíblicos. Yo escribí este libro para centrar la crianza en la Biblia: más específicamente, en el corazón de la Biblia, el evangelio. Estoy convencido de que el evangelio es suficiente para responder todas nuestras preguntas sobre la crianza.

Aunque la familia estadounidense se ha convertido en una maraña de cónyuges divorciados, parejas homosexuales y madres solteras, he dirigido este material a las familias cada vez menos comunes con una madre mujer y un padre varón, casados

¹ George Barna, *Revolutionary Parenting* [Crianza revolucionaria] (Tyndale, 2007), xi.

y viviendo bajo el mismo techo. Espero que este libro también ayude a los millones de madres y padres solteros que pelean por cuenta propia la buena batalla.

DOS EXPERIENCIAS

Hay muchas experiencias únicas que han afectado mi estrategia en la crianza. La primera y más poderosa se dio a través de la lectura de la Biblia. Cuando mis hijos estaban en sus años preescolares, comencé a devorar la Biblia, en especial el libro de Proverbios. Cuando mi hija mayor comenzó la adolescencia, descubrí la teología reformada y, junto con ella, un entendimiento cada vez más profundo del evangelio. Esto incluyó una comprensión más amplia de las *implicaciones* del evangelio en la crianza.

Segundo, mi experiencia de vida también me ha impactado. Durante dieciocho años, desde mis veintitantos hasta mis cuarenta y tantos, mi familia estuvo en la misma iglesia. Muchos de nuestros primeros amigos fueron parejas cristianas con hijos en edad preescolar. Era un grupo de familias fiel y estable. Nuestros hijos crecieron juntos.

Compartimos muchas experiencias. Recibimos la misma enseñanza sobre cómo ser padres cristianos, la cual en general fue bíblica y práctica. Fuimos fieles en asistir a la iglesia cada domingo y nos reuníamos en grupos pequeños durante la semana. Algunos de nuestros hijos asistieron a escuelas públicas, algunos a escuelas cristianas privadas y algunos fueron educados en casa. Nuestros hijos crecieron en un ambiente cristiano evangélico sólido con todas las ventajas que puede ofrecer una comunidad cristiana unida y cohesiva.

Al recordar a estas familias y a otras como ellas, he notado que los resultados variaron. Algunos de los hijos prosperaron. Su fe juvenil retoñó en su edad adulta. Tienen buenos matrimonios y se convirtieron en participantes estables y productivos en su iglesia local.

A otros no les fue tan bien. Muchos han abandonado por completo la fe de sus padres. ¿Por qué? ¿Qué salió mal? ¿Por qué algunos de los padres tuvieron éxito y otros fracasaron? ¿Falló la técnica? La mayoría de los padres disciplinábamos a nuestros hijos, algunos más que otros. Todos los amábamos.

Los resultados no parecen tener nada que ver con *dónde* se educó al niño. En mi experiencia, no hay diferencias cualitativas en cuanto a resultados espirituales entre una escuela en casa, una escuela cristiana o una escuela pública.

El común denominador en el éxito y en el fracaso parece ser más bien la profundidad y la sinceridad espiritual de los padres, *en especial la profundidad y la sinceridad espiritual del padre*. Parece haber una fuerte correlación entre la fe, el compromiso y la sinceridad de la cabeza de la familia y la vitalidad espiritual de sus hijos en la edad adulta.

Mi tercera experiencia única fue teológica. Cuando mi hija mayor tenía trece años y mi hijo menor, cuatro, comencé a leer las obras de Jonathan Edwards. Tengo una deuda inexpresable con este teólogo y con sus antepasados puritanos. Gracias a ellos, descubrí la centralidad de la cruz. En sus escritos, descubrí el funcionamiento interno del evangelio. Estas lecciones han forjado de forma dramática mi perspectiva de la crianza.

En mi experiencia, los padres más efectivos tienen un entendimiento claro de la cruz y de sus implicaciones para la vida diaria. Estas implicaciones son variadas. Incluyen el temor a Dios, un matrimonio que les predica el evangelio a sus hijos, una humildad profundamente arraigada, la gratitud, el gozo, la firmeza aunada al afecto y una enseñanza consistente ejemplificada a diario por los padres.

ADVERTENCIAS

Todos los ejemplos en este libro son de personas y situaciones reales, pero, cuando se trata de personas fuera de mi familia inmediata, he modificado los nombres y las historias para preservar

el anonimato de los involucrados. Además, en algunos casos, he combinado el ejemplo de varios individuos en una sola historia.

A lo largo de este libro, he utilizado de forma intercambiable los términos *evangelio* y *cruz*. Sin embargo, la cruz no es la totalidad del evangelio. El evangelio es la encarnación del Hijo de Dios, Su vida sin pecado, Su muerte sustitutiva, Su resurrección corporal y Su ascensión al cielo, de donde regresará un día a la tierra en gloria. No obstante, la cruz es el corazón y el alma del evangelio. Es su fundamento, su obra y su centro vital. Por esta razón, a veces me refiero a la cruz como el evangelio. El significado del término debe quedar claro en el contexto.

Finalmente, este autor es un pecador. Mi mayor pecado fue y sigue siendo la incredulidad: temer por mis hijos (y, ahora, por mis nietos) en lugar de confiar en la bondad de Dios. Mi segundo gran pecado, el cual procede del primero, es el orgullo: una confianza impía en mí mismo y en mis propias habilidades como padre, una falta de dependencia en Dios y una tendencia a no sobreabundar con gratitud ante la bondad de Dios, incluso durante momentos de dificultad.

Aun así, Dios nos ha bendecido a Judy y a mí. Todos nuestros hijos casados se han unido con creyentes comprometidos. Todos sirven en la iglesia local y todos tienen una relación vibrante de fe con el Padre a través de Su Hijo, Jesucristo.

No digo esto para jactarme, sino para darle al lector esperanza. Si Dios hizo esto con nosotros, ciertamente bendecirá tus esfuerzos también. Al leer estos capítulos, ten esperanza y cobra ánimo. Dios es infinitamente bueno, y Su gracia abunda.

1

SUBMARINOS INTELECTUALES

Allí estaba yo, acostado en la cama, totalmente despierto, con mis ojos escudriñando el techo de la oscura habitación en busca de alguna señal de esperanza.

—¿Estás despierta? —le pregunté a mi esposa, Judy.

—No puedo dormir.

—¿Algo te tiene preocupada? —Mi pregunta era innecesaria. Yo sabía la respuesta. Nuestra hija estaba en una cita con un joven que no aprobábamos. Pasaba de la medianoche. Además, desde que comenzó su relación con él, ella se había vuelto distante, obstinada y poco cooperativa. Las cosas no andaban bien.

—Estoy muy preocupada —me susurró mi esposa—. No me puedo dormir.

Reflexioné sobre las batallas de las últimas semanas. Mi hija, quien había sido dócil, se había vuelto testaruda. Lo más angustiante de todo es que mostraba poco interés en Cristo y en las cosas espirituales. La influencia de su nuevo amigo no era buena. Reflexioné sobre el título del libro *Tener hijos no es para cobardes* por James Dobson. Yo era un cobarde. Necesitaba valentía. Necesitaba esperanza. Y tenía poco de ambas cosas.

—¿Dónde está? —preguntó mi esposa—. ¿Qué están haciendo? Se ha comportado tan diferente últimamente. Me duele el

estómago de la preocupación. —Sus palabras destilaban ansiedad, estrés y temor.

Yo mismo no había ayudado a la situación. Exasperado por la repentina rebeldía y mala actitud de mi hija, incluso había considerado la idea de disciplinarla físicamente. El sentido común de mi esposa me trajo de vuelta a la realidad. Fue una época oscura. Estábamos desalentados, y se nos habían acabado los recursos. Puede que hayas sentido lo mismo.

Dios utilizó estos momentos de oscuridad en nuestra experiencia como padres para humillarnos, y estamos agradecidos. Durante veinte años, el proceso de crianza había sido sencillo. Teníamos lo que muchos considerarían una familia modelo. Tristemente, habíamos comenzado a jactarnos de nuestro éxito. Habíamos comenzado a menospreciar a aquellos amigos que tenían adolescentes con problemas. La Palabra de Dios es clara: «Delante de la destrucción va el orgullo» (Pr 16:18); «Dios resiste a los soberbios» (Stg 4:6, citando Pr 3:34). Nosotros fuimos soberbios. Había llegado el momento de nuestra humillación. Dios nos resistió a través de los problemas de nuestra hija y nos puso de rodillas. Pasamos mucho tiempo en oración y en confesión. Mirando atrás, nos damos cuenta de que fue un momento crucial maravilloso.

Gracias a Dios, nuestra hija también tuvo un momento decisivo durante este proceso. En un sucio hotel en Calcuta (sí, en India), enferma de influenza y con una terrible nostalgia de su hogar, esta hermosa jovencita finalmente clamó a Cristo. Un año después, Dios le dio un maravilloso esposo piadoso. Mientras escribo esto, ellos tienen tres hijos preciosos y están muy involucrados en servir a nuestra iglesia local. Ella se ha convertido en un regalo glorioso para la iglesia, para su marido, para sus hijos y para el resto de nuestra familia.

Te comparto esta historia para avisarte que Judy y yo no teníamos todo bajo control. Al igual que todos los demás padres, hemos aprendido por la disciplina llena de gracia de Dios que dependemos por completo de Su Espíritu para completar

el proceso de la crianza. Tenemos una sola tarea: ser fieles. ¡Los resultados son tarea de Dios!

PRESUPOSICIONES

Antes de abordar la tesis de este libro en el capítulo 2, quiero examinar algunas presuposiciones bíblicas importantes respecto a la crianza. Las presuposiciones son el fundamento de nuestra vida mental. Son los submarinos intelectuales que navegan por debajo de la superficie de nuestra consciencia; las suponemos y casi nunca meditamos en ellas. Sin embargo, todas nuestras conclusiones sobre la vida se desprenden de estas presuposiciones.

Asimismo, todas nuestras conclusiones sobre la *crianza* se desprenden de nuestras presuposiciones inconscientes respecto a Dios, el ser humano y la realidad absoluta. Estas tres cosas constituyen nuestra cosmovisión de la crianza (una perspectiva diametralmente opuesta a la del mundo secular).

Las presuposiciones son inmensamente prácticas. Siempre tienen «pies» y dirigen nuestra vida. J. Gresham Machen comentó que lo que hoy es asunto de especulación académica mañana comienza a mover ejércitos y a traer abajo imperios. Francis Schaeffer agregó: «El ser humano tiene presuposiciones y vive conforme a ellas con más congruencia que lo que él mismo cree»¹. Esto también sucede con la crianza.

Tu capacidad para criar a tus hijos de forma efectiva será producto de tus presuposiciones. Quisiera hablar de cinco de ellas que necesitarás para poder asimilar el resto de este libro.

LA CRIANZA NO ES FÁCIL

Primero, no es posible ser un padre perfecto. Comencé con la historia de nuestras luchas precisamente para enfatizar este

1 Francis Schaeffer, *How Should We Then Live?* [¿Cómo debemos vivir?] (Crossway, 1976), 19.

punto. Si pudieras ser un padre perfecto, quizás tus hijos no necesitarían un Salvador. Pero no lo eres. Desde tu punto de vista, ni siquiera puedes entender qué es la perfección. Por lo tanto, tus hijos necesitarán urgentemente a Cristo.

Tus pecados, fallas y limitaciones producirán conflictos con tus hijos y malentendidos con tu cónyuge. Por momentos, sentirás estas deficiencias en lo más profundo de tu ser.

Además de estas, también hay detonantes externos de estrés. Puede que algunos de tus hijos mueran de forma prematura, puede que algunos hayan nacido con defectos congénitos o puede que algunos, como los nuestros, atraviesen etapas difíciles de rebeldía. Algunos serán brillantes, talentosos o guapos. Otros serán lentos, promedio o poco atractivos. Algunos tendrán una personalidad con la que es fácil tratar. Con otros, necesitarás de toda tu perseverancia y tenacidad para amarlos.

Puesto que tener hijos es difícil, y puesto que eres imperfecto, necesitarás de la gracia que viene a través del evangelio. Dios usará estos problemas para profundizar tu dependencia de Él. Experimentarás estrés y obstáculos. Estos vendrán para que, cuando tu hijo llegue a la fe, tu jactancia esté en Cristo y no en tus propios esfuerzos. Al igual que Pablo, dirás: «He trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí» (1 Co 15:10).

Necesitarás de la gracia, y deberás saber dónde obtenerla. Es precisamente por tus fallas que el evangelio, la obra salvadora de Cristo, debe ser tu refugio.

Los padres efectivos no esperan que la crianza sea sencilla. Suponen que será difícil, pero que el resultado —hijos adultos que sean motivo de alegría, centrados en Cristo y casados con buenos cónyuges— hará que todo valga la pena.

DIOS ES SOBERANO, PERO ÉL USA MEDIOS

Segundo, los padres efectivos asumen dos verdades paralelas que trascienden hacia la eternidad y que nunca encuentran una

solución intelectual satisfactoria. Primero, Dios es soberano por sobre la salvación de tu hijo: «Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo *quiera* revelar» (Mt 11:27). Por eso es que muchos hijos de hogares no cristianos se convierten. También es por eso que ningún hijo de familia cristiana puede acudir al Padre sin que el Hijo lo traiga.

Segundo, los padres efectivos asumen que Dios utiliza medios normales de gracia para atraer a sus hijos a Sí mismo. Como padres somos los «medios» que Dios quiere usar para alcanzar a nuestros hijos. Esto significa que nosotros tenemos la responsabilidad de alcanzar a nuestros hijos para Cristo.

La tensión entre estas dos ideas —la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre— es importante. Si se malentiende, la soberanía de Dios puede convertirse en fatalismo.

Conocí a un padre cuyos hijos estaban totalmente fuera de control. Él era pasivo. Yo me preocupé, así que me acerqué a él con cautela:

—He observado a tus hijos. Me parece que necesitan disciplina. Necesitan que te involucres más y les des más atención.

—Dios es soberano —me respondió—. Él sabe si los salvará o no. Lo que yo haga no importa. Dios decidió su salvación en el eterno consejo de la Trinidad antes de la fundación del mundo.

Su respuesta tenía algo de verdad, pero estaba distorsionada por estar incompleta. Sí, Dios es soberano. Pero hay otra verdad paralela: *Dios usa medios*. Dios les da a los hijos padres para traerlos a Sí mismo. Él puede usar otros medios, pero prefiere a los padres. La idea central de este libro es que, normalmente, Dios ejerce Su soberanía a través de padres que practican con fidelidad la crianza bíblica.

En este libro, asumiremos de forma constante estas dos verdades. Dios es soberano, pero los padres son responsables. La soberanía de Dios es nuestra esperanza. Los padres dependemos de Dios por completo. Él puede salvar a cualquier hijo, sin importar cuán oscuras sean las circunstancias. Por otra parte, lo normal es que Dios alcance a los hijos a través de sus

padres. Es fatal abusar de la soberanía de Dios al descuidar nuestra fidelidad como padres. También es un error, sin embargo, suponer que todo depende de nosotros. No es así. De hecho, ninguno de tus esfuerzos prosperará si Dios no les otorga a tus hijos el don de la fe. Somos totalmente dependientes y, al mismo tiempo, responsables.

UNA BUENA OFENSIVA

Tercero, los padres efectivos asumen que una buena estrategia ofensiva es mejor que una defensiva.

Nada es más letal que una mentalidad defensiva para un equipo de fútbol que ha sacado ventaja. En lugar de enfocarse en atacar y anotar, algunos entrenadores prefieren una defensa preventiva. Su estrategia es ceder un poco y evitar que les anoten. La mentalidad de los miembros del equipo cambia pues dejan de enfocarse en anotar y en lugar de eso evitan a toda costa las anotaciones del oponente. Muchos hemos presenciado cómo un equipo con esta estrategia renuncia a una ventaja enorme y cede ante un oponente con una mentalidad agresiva y ofensiva.

Los padres son capaces de hacer lo mismo. El Dr. Tim Kimmel la llama «crianza basada en el temor».² Podemos enfocarnos en preparar a nuestros hijos para involucrarse en nuestro mundo y conquistarlo o podemos concentrarnos en protegerlos del mundo. Una mentalidad defensiva se agobia con las influencias malvadas del Halloween, Santa Claus, el Conejo de Pascua o de los no creyentes en el equipo de fútbol. Aunque la crianza siempre implica un grado de protección, este no debe ser el enfoque principal de aquellos padres que viven conforme a las Escrituras.

Esta mentalidad a menudo es fruto del legalismo. El padre legalista suele suponer que sus hijos han nacido de nuevo,

2 Tim Kimmel, *Crianza llena de gracia: libere a su familia* (Nelson, 2014), capítulo 1, Kindle.

pero tiene poca confianza en el poder del nuevo nacimiento. Por lo tanto, el objetivo supremo de su crianza es proteger a los hijos de las influencias ajenas malvadas.

Este método puede ser letal. Un amigo que se graduó de una preparatoria evangélica sólida, y que seguía en contacto con miembros de su grupo, me informó recientemente que la mayoría de ellos (más del 70 %) fuman marihuana y participan en promiscuidad sexual.

—¿Qué salió mal? —le pregunté.

—Pues, como iban a la iglesia y asistían a una escuela cristiana, sus padres supusieron que ya habían nacido de nuevo —mi amigo respondió.

Ya que estos padres presuponían el nuevo nacimiento de sus hijos, lo único que faltaba era protegerlos. Por eso muchos de ellos enviaban a sus hijos a esta preparatoria cristiana.

Otro ejemplo es un amigo pastor que tiene cinco hijos adultos. Solo uno de ellos sigue a Cristo hoy. ¿Qué salió mal? Otro amigo que lo conoce bien describió sus métodos de crianza de esta manera: cero televisión, cero películas, cero educación pública, cero amigos incrédulos. En otras palabras, su enfoque estaba en la defensiva, en proteger a sus hijos.

Este libro presupone que los padres efectivos tienen una mentalidad ofensiva. Supondrá que tus hijos no son cristianos. Presupone que necesitan el poder contundente y conquistador del nuevo nacimiento. Presupone que, una vez que lo obtienen, este poder los protegerá del mundo. «Mayor es Aquel que está en ustedes que el que está en el mundo» (1 Jn 4:4). En 1 Juan 5:4, leemos: «Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo». Y, según 1 Juan 3:9, «ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado, porque la semilla de Dios permanece en él; no puede seguir pecando, porque ha nacido de Dios» (NVI).

En otras palabras, este libro presupone que los padres efectivos preparan a sus hijos para vencer al mundo pero no al cambiar y controlar su ambiente (las cosas externas), sino al buscar *el corazón de sus hijos*. Cambiamos su corazón al enseñarles el evangelio,

al ser modelos del evangelio en nuestra propia vida y al edificar nuestro hogar sobre el evangelio. El evangelio, bien entendido y modelado, hace que el cristianismo sea atractivo. Los padres efectivos hacen que el evangelio sea tan atractivo que el mundo no puede encontrar cabida en el corazón de sus hijos.

Thomas Chalmers (1780–1847), un presbiteriano escocés, escribió un famoso ensayo titulado *El poder expulsivo de un nuevo afecto*. En él, Chalmers propone que la mejor manera de vencer al mundo no es ni con moralidad ni con disciplina propia. Los cristianos vencen al mundo cuando ven la belleza y la excelencia de Cristo. Vencen al mundo cuando ven algo más atractivo que el mundo: Cristo, «en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Col 2:3). Un hombre que posee un Ferrari no se interesa en un Nissan Sentra. De la misma manera, los padres cristianos buscan que Cristo y Su reino se vean gloriosos. Sus hijos vencen las lujurias de este mundo con una pasión más sublime: la belleza moral de Cristo.

En contraste, los padres con mentalidad defensiva tienen poca confianza en el atractivo del evangelio. Creen que el mundo es más poderoso. En términos fundamentales, no confían en que el poder del evangelio pueda transformar a sus hijos de adentro hacia afuera. No creen las palabras de Jesús: «Confíen, Yo he vencido al mundo» (Jn 16:33). Tienen poca confianza en el poder que tiene el nuevo nacimiento para conquistar al mundo.

Mi esposa y yo hemos visto el fruto de este método en nuestra propia experiencia. Mis cinco hijos asistieron a preparatorias públicas y, luego, los cuatro mayores se matricularon en una universidad estatal. A pesar del obscuro ambiente no cristiano —e incluso anticristiano (y era asqueroso)—, florecieron en lo espiritual. ¿Por qué? Porque, a través del milagro del nuevo nacimiento, Dios transformó su corazón. El Espíritu Santo había comenzado a revelarles el valor superlativo de Jesucristo. La convicción de que toda su felicidad dependía de su relación con Cristo había comenzado a germinar y a crecer. Los atractivos del mundo no podían competir con esto.

Cuando llegaron a la universidad, de inmediato buscaron una comunidad cristiana. Nosotros no los obligamos a hacerlo. Ni siquiera se los sugerimos. Lo hicieron porque su corazón ya estaba en el reino de Dios. Prosperaron en este ambiente. Encontraron una pareja cristiana sólida y se casaron.

¿Cómo produjimos esto en nuestros hijos? No fuimos nosotros. No podríamos haberlo hecho. Este es un cambio que solo Dios puede producir. Fue el milagro del nuevo nacimiento. Estaré eternamente agradecido por esta gracia inmerecida hacia Judy y hacia mí. Mi punto es este: nuestra mentalidad en la crianza fue esencialmente ofensiva, no defensiva. Apuntamos todas nuestras flechas hacia el corazón de nuestros hijos, sabiendo que, una vez que Dios lo transformara, la batalla decisiva estaría peleada y ganada. El resto de su vida serían meros ajustes.

En contraste, muchos padres que suponen que sus hijos han nacido de nuevo tienen poca confianza en ese nuevo nacimiento que suponen y, por lo tanto, enfocan toda su energía en la protección. En la mayoría de los casos, sus hijos jamás nacen de nuevo. Se van de casa, agradecidos por alejarse de las reglas y las normas de sus padres. No tienen las herramientas de corazón para luchar contra los atractivos del mundo. Van hacia donde su corazón los lleva, hacia aquella vida de desenfreno alejada de Dios.

¿Qué motiva esta estrategia defensiva? Estoy convencido de que los padres con una mentalidad defensiva no logran entender el poder del evangelio. Tienen poca confianza en el poder del nuevo nacimiento. No entienden el papel del corazón en la conversión y en la santificación. En cambio, enfatizan el ambiente del niño. Ponen su confianza en reglas, restricciones y protecciones.

ENTENDAMOS EL NUEVO NACIMIENTO

Cuarto, los padres efectivos entienden el nuevo nacimiento. Estadísticamente, la mayoría de los padres cristianos suponen que sus hijos han nacido de nuevo. Este podría ser tu error más grave en la crianza de tus hijos.

La revista *WORLD* cita un nuevo libro de Christian Smith y Melinda Lundquist Denton, *Soul Searching: The Religious and Spiritual Lives of American Teenagers* (Introspección: la vida religiosa y espiritual de los adolescentes en los Estados Unidos).³ Después de encuestar a tres mil adolescentes en los Estados Unidos sobre sus creencias religiosas, los autores las resumieron con la frase *Deísmo Terapéutico Moralista* o MTD (por sus siglas en inglés).

Estos adolescentes creen en una combinación de justicia por obras, religión como bienestar psicológico y un dios distante que no interviene.⁴ Lo irónico es que muchos de estos jóvenes deístas están activos en sus iglesias. Smith y Denton concluyen que «la mayoría de los adolescentes religiosos no comprenden en sí lo que su propia tradición religiosa enseña que deben creer, o sí lo entienden, pero no les interesa creerlo». El autor del artículo procede a destacar que «el MTD se ha convertido en la “religión civil dominante” y está “colonizando” el cristianismo estadounidense».⁵

Es importante que todo padre cristiano distinga el MTD del cristianismo. Un niño puede ser dócil y bien portado, asistir al servicio dominical y socializar en el grupo de jóvenes de la iglesia pero creer solo en el MTD. Hay muchas personas «agradables» que no son cristianas. Ser «agradable» tiene poco que ver con el cristianismo.

3 Christian Smith y Melinda Lundquist Denton, *Soul Searching* (Oxford University Press, 2005).

4 Gene Edward Veith, «A Nation of Deists» [«Una nación de deístas»], *WORLD*, 25 de junio del 2005. «Después de entrevistar a más de tres mil adolescentes, los sociólogos resumieron sus creencias: 1) “Existe un dios que creó y ordenó el mundo y que vigila la vida humana sobre la tierra”. 2) “Dios quiere que la gente sea buena, amable y justa entre sí, como se enseña en la Biblia y en la mayoría de las religiones mundiales”. 3) “La meta principal de la vida es ser feliz y sentirse bien con uno mismo”. 4) “Dios no necesita entrometerse de forma especial en la vida de uno, excepto cuando se le necesita para resolver un problema”. 5) “Las personas buenas van al cielo cuando mueren”».

5 Veith, «A Nation of Deists».

Los hábitos sexuales de los hijos de familias evangélicas también revelan la prevalencia del MTD. El sociólogo Mark Regnerus expone en su libro *Forbidden Fruit: Sex & Religion in the Lives of American Teenagers* (El fruto prohibido: el sexo y la religión en la vida de los adolescentes estadounidenses)⁶ el fracaso de las familias evangélicas en discernir y forjar los valores espirituales de sus hijos.⁷ El autor señala que los adolescentes evangélicos participan de la misma cantidad de actividades sexuales que sus amigos no cristianos. De hecho, hay evidencia de que los adolescentes evangélicos quizás sean más activos en términos sexuales. Quienes se identifican como adolescentes evangélicos suelen tener su primer encuentro sexual a una edad más temprana (16.3 años) que los protestantes liberales, quienes tienden a perder su virginidad a los 16.7 años. Es mucho más probable que los jóvenes evangélicos hayan tenido tres o más parejas sexuales (13.7 %) que los no evangélicos (8.9 %). ¿Qué de las promesas de abstinencia? Estas funcionan —durante un tiempo—, postergando las relaciones sexuales por un promedio de dieciocho meses, pero el 88 % de los que hacen estas promesas finalmente las abandonan.

Estos y otros hallazgos similares sugieren que, en términos sustanciales, los adolescentes evangélicos en los Estados Unidos no difieren de sus amigos incrédulos. ¿Por qué? Me gustaría sugerir que hay una presuposición crucial que explica estas terribles estadísticas.

La mayoría de los padres cristianos suponen que asistir a la iglesia o participar en el grupo de jóvenes equivale a nacer de nuevo. Los padres son ingenuos en cuanto al nuevo nacimiento y a sus síntomas. Regnerus observa que «una de las razones claves por las que los evangélicos no suelen ser diferentes es que esta característica —afiliarse con una congregación evangélica

6 Mark Regnerus, *Forbidden Fruit* (Oxford University Press, 2007).

7 Gene Edward Veith, «Sex and the Evangelical Teen» [«El sexo y el adolescente evangélico»], *WORLD*, 11 de agosto del 2007, 9.

protestante— no refleja dinamismo religioso, sino sencillamente *afiliación*. Hay bastantes adolescentes y adultos religiosamente apáticos en los Estados Unidos».⁸

Regnerus tiene razón. «Afiliarse» a una iglesia no significa ser cristiano. Como lo dice el dicho: tu hijo puede dormir en un garaje durante un mes, pero eso no lo convertirá en un auto. Tus hijos deben nacer de nuevo para poder «ver» o «entrar» en el reino de Dios (Jn 3:3-5).

Incluso el testimonio de un niño de que ha «aceptado a Jesús» o le ha «pedido a Jesús que entre en su corazón» significa muy poco. Esto es porque es Dios quien inicia el nuevo nacimiento. Por supuesto que el niño es responsable de responder a Dios con fe y arrepentimiento, pero un niño puede pasar por estos pasos y no tener la fe salvadora ni el arrepentimiento que indican que ha nacido de nuevo. Por eso es necedad que los padres supongan que sus hijos han nacido de nuevo. Nacer de nuevo es un cambio radical de corazón que despierta nuevos anhelos, nuevos amores y una nueva dirección de vida. «Ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado, porque la semilla de Dios permanece en él; no puede seguir pecando, porque ha nacido de Dios» (1 Jn 3:9, NVI). El nuevo nacimiento implica que el niño ahora ha abrazado el cristianismo.

Tom Bisset destaca cuatro razones por las que los adolescentes evangélicos están abandonando la fe por montones. La cuarta es que no lograron apropiarse de ella.⁹ En otras palabras, nunca nacieron de nuevo. A. W. Pink observa:

El nuevo nacimiento es muchísimo más que simplemente derramar algunas lágrimas debido a un remordimiento temporal por el pecado. Es mucho más que cambiar nuestro curso de

⁸ Regnerus, *Forbidden Fruit*, 154.

⁹ Tom Bisset, *Why Christian Kids Leave the Faith* [Por qué los hijos cristianos abandonan la fe] (Discovery House Publishers, 1992), citado en Timothy Sisemore, *World-Proof Your Kids* [Protege a tus hijos del mundo] (Christian Focus, 2007), 26.

vida, dejar de lado los malos hábitos y sustituirlos por buenos. Es algo diferente de la mera apreciación y práctica de nobles ideales. Va infinitamente más allá de venir adelante a tomar la mano de un evangelista popular, firmar una tarjeta de compromiso o «unirse a la iglesia». El nuevo nacimiento no es meramente dar vuelta a una nueva página, sino el comienzo y la recepción de una nueva vida. No es una mera reforma sino una transformación completa. En resumen, el nuevo nacimiento es un milagro, el resultado de la operación sobrenatural de Dios. Es radical, revolucionario, duradero.¹⁰

Recientemente, le pregunté a un grupo de cuatro parejas casadas en qué momento llegaron a Cristo. Todos me respondieron algo así:

—Le pedí a Jesús que entrara a mi corazón en un campamento de verano durante la primaria, pero no tomé en serio el cristianismo sino hasta el final de mi adolescencia o a principios de mis veintes.

Yo respondí:

—Así que lo que estás diciendo es: “Le pedí a Jesús que entrara a mi corazón cuando estaba en la primaria, pero mi vida en realidad no giró en torno a Cristo, Él no estaba en el trono de mi vida y yo no le confiaba mi vida y mi futuro a Él progresivamente, sino hasta el inicio de mi edad adulta”. ¿Correcto?

—Sí, esa es una buena descripción.

—Nacer de nuevo —continué— significa que uno a entronizado a Cristo como el centro de su vida. Te conviertes en cristiano cuando tu vida, tu pensamiento y tu comportamiento comienzan a girar en torno a Cristo. Hasta que eso sucede, las profesiones y las decisiones significan poco. Un cambio en el comportamiento que resulta de un trasplante espiritual de corazón es la única evidencia certera de haber nacido de nuevo.

10 A. W. Pink, *La soberanía de Dios*, trad. Pablo Aguirre (Chapel Library, 2018), 121.

Mis amigos eran similares a muchos de nosotros. Tenían una idea simplista del nuevo nacimiento. Creían que una decisión por Cristo es lo mismo que nacer de nuevo. Pero la verdad es otra. La conversión está fuera de nuestro control. Dios es soberano sobre el proceso. «El Hijo [...] da vida a los que Él quiere» (Jn 5:21). En su libro *Spiritual Birthline* (La línea del tiempo del nacimiento espiritual), Stephen Smallman escribe: «La lección que aprendemos de la línea del tiempo espiritual —que no podemos ni provocar el nacimiento espiritual ni hacer que el nacimiento suceda hasta que llegue el momento— se aplica a nuestros hijos también. Confiamos en Dios, pero también estamos dispuestos a esperar».¹¹

Lo más importante es esto: el nuevo nacimiento se da a conocer por sus frutos, no por una decisión. El fruto más importante es el hambre de Dios mismo. Los padres efectivos lo saben, y esperan con paciencia ver los frutos antes de ofrecer un veredicto.

Dios les *otorga* el nuevo nacimiento a los hijos de padres que lo agradan. Ni el hijo ni el padre puede ganarse el nuevo nacimiento. Este es un regalo de gracia. Sin embargo, quienes creen y viven conforme a su fe lo agradan. Una expresión de fe en los padres que agrada a Dios es el temor a Él (veremos más al respecto en el capítulo 3).

Él es soberano. Él a veces regenera a los hijos de padres que no lo agradan. El nuevo nacimiento a veces es repentino y dramático. El receptor recuerda el día y la hora. Otras veces, el creyente no está seguro del momento en que ocurrió. La mayoría lo percibe como un proceso creciente en el que surgió la fe. La persona no puede identificar ni el momento ni el día exacto.

El nacer de nuevo suele sucederles a los hijos por medio de la enseñanza, del ejemplo y de la relación que tienen con sus padres, en especial con su padre. Los padres son los medios de gracia que Dios ha dado para efectuar la conversión de los hijos.

11 Stephen Smallman, *Spiritual Birthline* (Crossway, 2006), 142.

La moraleja es sencilla: sé sabio. No supongas que tu hijo ha nacido de nuevo hasta que veas evidencia sólida. La primera señal es un hambre creciente por Dios. Otras señales son el hambre por la santidad, la obediencia creciente a los padres y un anhelo por la oración y la lectura bíblica privadas.

FAMILIAS CENTRADAS EN EL NIÑO

Quinto, los padres efectivos no centran su vida entera en sus hijos. En cambio, la centran en Dios. Se esfuerzan por poner a Dios en el centro de su familia. Los pastores puritanos de Nueva Inglaterra durante el siglo XVIII les advirtieron a sus congregaciones que no amaran demasiado a sus hijos. Si vivieran hoy, podrían haber dicho algo así: «No centren su vida en sus hijos. Ese lugar le pertenece a Dios».

Kevin y Jackie eran padres sinceros, pero su sinceridad era su problema. Amaban a sus hijos. De hecho, los amaban demasiado. Su hijo mayor era un atleta talentoso. Se destacaba en su equipo de fútbol local sub-16. Como el equipo practicaba durante la hora de la cena, la familia dejó de cenar junta. Habían formado el hábito de orar y de leer la Biblia después de la cena. Esto también se acabó.

Su hija era una bailarina con talento excepcional. Sus clases eran caras. A Kevin y a Jackie no les alcanzaba para pagarlas y también dar su diezmo. «Volveremos a diezmar cuando se gradúe», pensaron.

Pronto, la familia viajaba a los torneos de fútbol los fines de semana. La mayoría eran en domingo, así que su asistencia a la iglesia se volvió cada vez más esporádica. Poco a poco, su mundo social comenzó a girar en torno a otros padres con hijos en el equipo de fútbol en lugar de su familia en la iglesia. Aunque ambos hijos asistían a las reuniones de jóvenes de la iglesia, el fútbol y el *ballet* siempre eran prioridad. A los dieciséis años, su hija comenzó a audicionar para compañías de *ballet* profesionales en ciudades lejanas. Pronto, la familia comenzó a viajar

con ella a sus audiciones de fin de semana. A su tiempo, los chicos se fueron a la universidad. Pocos años después, ambos habían dejado de asistir a la iglesia. Se olvidaron de Dios. Se enfocaron por completo en sus verdaderos intereses, los deportes y el baile. Kevin y Jackie estaban tremendamente preocupados. *¿Qué salió mal? ¿Cómo podemos recuperar a nuestros hijos?*

Habían cometido un error común. Habían centrado su familia en sus hijos. Es importante amar a tus hijos, pero existe una línea delgada entre un amor paternal sano y la adoración a tus hijos. Podemos reconocer que lo segundo ha sucedido cuando comenzamos a sacrificar la voluntad de Dios por causa de nuestros hijos o de sus actividades. Kevin y Jackie habían dejado de diezmar y de orar como familia. Habían hecho del fútbol y del *ballet*, no de la iglesia local, el centro de la órbita familiar (ver figura 1). La transigencia siempre resulta en idolatría. Esto desagradó a Dios. A Él no le gusta la competencia, en especial cuando se trata de nuestros hijos.

Los hijos de Kevin y de Jackie imitaron a sus padres. Mamá y papá les enseñaron bien. La iglesia no era importante. Dios no era el centro de su vida. Lo que en verdad importaba eran las actividades de los hijos. Ellos habían puesto a sus hijos y a su éxito en el trono familiar. Sus hijos escucharon el mensaje, lo entendieron y lo imitaron.

En contraste, Tomás y Angélica centraron su hogar en Dios y en Su voluntad (figura 2). Tomás le dijo al entrenador de fútbol de su hijo: «Mi hijo está disponible cualquier día de la semana, menos el domingo. Siento mucho si esto resulta inconveniente para el equipo, pero Dios es más importante para nosotros que el fútbol». Esto era un problema. El hijo de Tomás era el mejor jugador del equipo. Lo necesitaban para ganar. El entrenador y los demás jugadores presionaron muchísimo a Tomás para que cediera, pero él se negó.

De la misma manera, cuando Tomás descubrió que las clases de piano de su hija serían durante la hora de la cena familiar, le pidió con amabilidad que encontrara otro maestro, recordándole

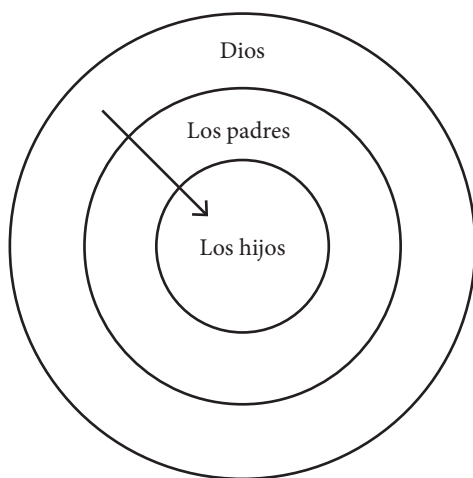


Fig. 1 La familia centrada en los hijos

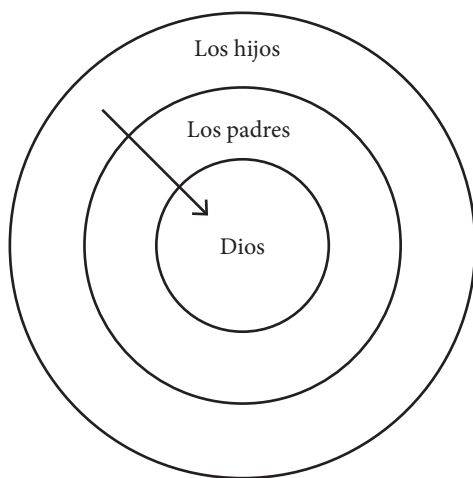


Fig. 2 La familia centrada en Dios

que la hora de la cena era sagrada. Era el único momento en el que toda la familia podía estar junta, y esa unidad familiar era más importante que las clases de piano.

Puede que las decisiones de Tomás parezcan pequeñas, pero tuvieron consecuencias inmensas a largo plazo. Tomás centró su familia en Dios y en Su voluntad. Kevin centró su familia en sus hijos. Dios era el centro de la familia de Tomás y de Angélica, mientras que el mundo de Kevin giraba en torno a sus hijos. Las decisiones de Tomás decepcionaron a sus hijos a corto plazo, pero los ganaron para Cristo a largo plazo. Kevin y Jackie creían estar amando a sus hijos, pero la realidad es que estaban renunciando al respeto de sus hijos, alejándolos al complacerlos excesivamente.

La primera carta de Pablo a los corintios describe a una familia centrada en Dios: «Quiero que sepan que la cabeza de todo hombre es Cristo, y la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios» (1 Co 11:3). Para Pablo, la familia cristiana es jerárquica. La palabra *jerarquía* es casi ofensiva en nuestra cultura contraria a la autoridad. Sin embargo, el cielo, un mundo de intenso gozo, amor y paz, es profundamente jerárquico. Dios Padre es Señor de todo, Dios Hijo se somete a Su autoridad y Dios Espíritu Santo se deleita en obedecer tanto al Padre como al Hijo.

En la medida en que el cielo permee nuestro hogar, este también se volverá un lugar jerárquico. Cristo es la cabeza de todo marido. Él gobierna al morir. El marido es cabeza de su esposa. Dios le pide que gobierne de la misma manera. Los hijos se someten a Dios al someterse a sus padres.

En una familia centrada en Cristo, todos sirven a Dios al someterse a la autoridad que tienen sobre ellos. El marido se concentra en agradar a Dios, no a su esposa. La esposa se concentra en agradar a Dios al someterse a la autoridad de su marido y no en agradar a sus hijos. Los hijos agradan a Dios al honrar y obedecer a sus padres.

Este concepto se aplica de igual manera a los padres solteros. Puede que la cabeza de la familia sea una madre soltera, pero ella

sigue siendo la cabeza de la familia y aún puede poner su hogar bajo el gobierno lleno de gracia de Dios.

El centro de una familia —Dios o los hijos— dependerá primero del centro de la cabeza de la familia. ¿Está él buscando agradar a Dios o a sus hijos? ¿Está dispuesto a decepcionar a su familia con tal de agradar a Dios, o teme la desaprobación de ellos? ¿Tiene un entendimiento claro de la voluntad de Dios para su familia, o las sutilezas de esta era terapéutica han logrado evangelizarlo? ¿Teme la desaprobación de Dios o la de su familia?

Una familia centrada en Dios también requiere de la cooperación de una pareja piadosa. ¿Puede ella confiar en que Dios hablará a través de su marido, o se resiste a los esfuerzos de liderazgo de este? ¿Está dispuesta a confiar en que Dios criará a sus hijos a través de su marido, o está constantemente asiéndose de las riendas del poder y del control? ¿Alienta a su marido a ser líder, o teme su liderazgo?

Los síntomas de una familia centrada en Dios son numerosos. El primero es estar dispuestos a decirle que no a un hijo cuando es lo que más le conviene. Un segundo síntoma es un matrimonio en el cual papá y mamá están unidos delante de sus hijos, incluso cuando no están de acuerdo en cuanto a alguna dirección específica en la crianza. Un tercer síntoma de una familia centrada en Dios es estar dispuestos a hacer que nuestro matrimonio sea más importante que nuestros hijos. Ellos están con nosotros tan solo entre dieciocho y veinticinco cortos años. La mayoría de los matrimonios viven por lo menos la misma cantidad de años sin hijos que con ellos. Es un gran error darles más prioridad a tus hijos que a tu matrimonio. Un cuarto síntoma es estar dispuestos a ser diferentes. Un hogar centrado en Dios será radicalmente diferente.

En conclusión, es sumamente dañino edificar tu vida en torno a tus hijos y no en torno a Dios. Esto daña a los niños, destruye nuestro matrimonio y, sobre todo, desagrada a Dios.

RESUMEN

El argumento de este capítulo es que las presuposiciones son importantes. A fin de cuentas, las presuposiciones tienen «pies» y afectan de manera práctica nuestra crianza. Consideramos brevemente cinco presuposiciones que los padres deben tener. Primero, los padres efectivos dan por hecho que la crianza no será fácil pero que sus recompensas harán que todo valga la pena al final.

Segundo, los padres cristianos efectivos están dispuestos a mantener una tensión entre la soberanía de Dios y su responsabilidad.

Tercero, los padres efectivos asumen una mentalidad ofensiva. Su objetivo es el corazón de sus hijos. Hacen todo a su alcance por hacer que el evangelio sea atractivo. Proteger a sus hijos de las influencias del mundo no es su meta principal.

Cuarto, los padres cristianos efectivos son sabios respecto al nuevo nacimiento. No lo suponen. Entienden su naturaleza y buscan sus síntomas con sumo cuidado.

Quinto, los padres efectivos se esfuerzan por centrar su familia en Dios, no sus hijos.

En todo esto, hemos hecho referencia continua al evangelio. La tesis de este libro es que el evangelio es el poder detrás de una crianza efectiva. Ahora, en el capítulo 2, consideraremos precisamente este argumento.

PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. En pocas palabras, ¿cómo resumirías el punto principal de este capítulo?
2. ¿Con qué presuposiciones te criaron tus padres? ¿Estas presuposiciones han afectado tu estrategia como padre?
3. ¿Qué presuposición de este capítulo es la más importante para ti en tu etapa actual como padre?
4. ¿Qué presuposiciones mencionadas en este capítulo no te caracterizan? ¿Por qué?

5. ¿Se te ocurren otras presuposiciones que podrían ser importantes para la cosmovisión de un padre cristiano?
6. ¿Cuáles de estas presuposiciones son más difíciles poner por obra? ¿Por qué?
7. ¿Qué presiones de nuestra cultura hacen que estas presuposiciones sean difíciles de creer y de aplicar? ¿Por qué?